que solo queria ser escuchado para ganar su razon en favor de los dogmas del cristianismo. Despues de San Pablo vinieron los otros grandes apologistas, San Ireneo, San Justino, Tertuliano, &c. &c., y derramando sobre sus escritos toda la claridad de la evidencia cuando se trata de los motivos de credibilidad, atrajeron sobre los misterios que predicaban, los nuevos tributos de la razon gentílica dócilmente sometida bajo el poder del magisterio cristiano. Es decir, que tan luego como el gentilismo se prestó á examinar los títulos del apostolado y su doctrina, empezó á cambiar de creencias, deshaciéndose de sus antiguos errores y aprendiendo esa verdad fecunda y santa de que por la primera vez se le hablaba.

Estas consideraciones están demostrando palmariamente que la creencia, primera necesidad del hombre, necesitaba una renovacion completa, necesitaba verdades; y que el criterio de ella no podia ejercerse sino sobre nuevos objetos de aplicacion, pues que los antiguos eran ya resortes gastados, resortes inútiles, verdaderas trabas para el movimiento moral de la especie humana. He aquí cómo el Evangelio llenó este inmenso vacío, satisfizo á esta grande necesidad, ató el hilo de los tiempos, realizó la espectativa que por siglos y siglos habia mantenido suspensa á la razon comun; en una palabra, dió su objeto á la creencia y su materia al criterio. ¿Por qué? Porque enseñó una doctrina eterna en su esencia y nueva en su manifestacion, y la mision del Hijo de Dios fué probada con hechos que, hablando altamente al hombre, derramaban la evidencia que se busca en todos los criterios, esto es, la evidencia de hecho, la evidencia de sentimiento y la evidencia de razon.

CAPITULO VI.

FORMA DE LA CREENCIA EN LA IGLESIA CATOLICA.—EL SIMBOLO DE LOS APOSTOLES.—EL MISMO EN EL CONCILIO DE NICEA.

Habiendo Jesucristo venido al mundo precisamente para dar testimonio á la verdad, como lo dijo él mismo hablando con Pilato, es decir, habiendo venido á revelar sin sombras ni figuras la doctrina de los cielos, para que brillase de nuevo en el mundo la luz de las eternas verdades, instituyó el apostolado como una mision universal y perpetua divinamente encargada de llevar á todos los pueblos la doctrina de Jesucristo, predicando el Evangelio á toda creatura. Así

fué que despues de su resurreccion instruyó á sus apóstoles, ya que les hubo comunicado el sublime poder de la predicacion, acerca del modo con que habian de hacerla, para que en todas partes rindiese copiosos frutos de vida eterna.

La primera condicion de la verdad en sus relaciones con la creencia, ó sea el carácter distintivo de esta, debia ser la unidad. Pero esta unidad, sin la cual el reino de Jesucristo estaria siempre dividido acerca de sus principios dogmáticos, exigia sin duda poner á los pueblos al abrigo de todos los estragos que en su espíritu pudieran hacer con el trascurso de los siglos en materia dogmática la impostura, el error, la seduccion y las pasiones. Estos estragos hubieran sido inevitables, si á cargo de cada uno de los fieles hubiese quedado el recoger en la extension vastísima de las Santas Escrituras y de la tradicion todas las verdades dogmáticas, para retenerlas como el objeto de su creencia y el cuerpo de la doctrina: porque luego se percibe que no todos podrian poseer estos libros, ni todos leerlos, ni todos hacer el criterio de la tradicion, ni todos verificar los delicadísimos procedimientos que tal empresa suponia. La verdad de Jesucristo es una verdad para todos, y en consecuencia debia proporcionarse á todas las inteligencias, á todas las edades, á todas las condiciones diversas de la vida humana.

Infiérese de aquí, que la primera obra de aquellos á quienes fué cometida la difusion, explicacion, aplicacion é inalterable conservacion de la doctrina católica, debió ser sin duda el recoger en un pequeño espacio con distincion y claridad la medula dogmática de las Escrituras Santas, las verdades cardinales y los misterios todos de la religion que profesamos; es decir, dar á la creencia católica una forma propia, una, universal, permanente y puesta al alcance comun.

Esta necesidad se comprendió desde luego, ó para hablar teológicamente, nunca dejó de tenerse presente; porque todo en la historia de la verdad dogmática es hijo de la inspiracion divina, y de ninguna manera parto de la razon humana. Así fué que desde el principio del cristianismo, sus miembros tuvieron una fórmula compendiosa de las verdades creidas, la cual fué al mismo tiempo compendio doctrinal y signo establecido que distinguiese por la profesion de fe al verdadero cristiano de todo aquel que no lo fuese. Tal es el orígen del símbolo. Hablarémos pues de su generacion histórica, fijando su idea constitutiva y hablando con la debida separacion de los tres famosos símbolos que tiene la Iglesia; conviene á saber, el de los apóstoles, el de Nicea y el de San Atanasio.

§. I.

Definicion de la palabra.

"*Símbolo* viene de una palabra griega que significaba en un principio union y acumulacion, señal á la que muchos se congregan y reunen, por la cual se conocen y distinguen de los demas, y es lo que los latinos llamaban *signa ó insignia.* Por analogía significaba todo signo exterior que indica una cosa que no se ve."

"En este último sentido los teólogos y autores eclesiásticos han llamado *símbolo* á la materia ó accion exterior de los Sacramentos: así en el bautismo la accion de lavar es el *símbolo* de la purificacion del alma: en la Eucaristía el pan y vino son los símbolos del cuerpo y sangre de Jesucristo, realmente presentes en el Sacramento, aunque no se ven; en la Confirmacion la uncion de la frente designa la gracia fortificante necesaria al cristiano, &c. Bajo este supuesto todas las ceremonias del culto divino son *símbolos* que indican los sentimientos interiores del respeto que queremos tener á Dios."

"En el sentido literal se llamó *símbolo* la profesion de fe del cristiano, porque contiene las principales verdades que es necesario creer, ó porque sirve para distinguir nuestras creencias de las de los infieles y herejes. En la Iglesia hai cuatro *símbolos* principales; el de los apóstoles, el del concilio niceno celebrado en el año de 325, el del concilio constantinopolitano celebrado en el de 431, y el de San Atanasio."

§. II.

Símbolo de los apóstoles.

"Es este la profesion mas antigua de fe que se usó en la Iglesia. Algunos autores creyeron que los apóstoles reunidos aún en Jerusalen compusieron unánimemente este compendio de la fe cristiana, para que le aprendiesen y profesasen los que querian recibir el bautismo, cuyo hecho solamente se refiere por los autores del siglo IV, sin citar testigo alguno mas antiguo que ellos, habiendo por otra parte hechos que hacen dudar de la certeza de aquel. Lo único que consta como cierto es, que desde el principio de la Iglesia se exigió de los que abrazaban el cristianismo, una profesion de fe ántes de administrarles el Bautismo; pero no es tan cierto

que desde aquella época se obligase á todos á rezar precisamente la misma fórmula, ni á expresarse en los mismos términos, sin que de esto se infiera que se obró mal en llamar *símbolo de los apóstoles* la fórmula que conocemos hoi con este nombre, y que contiene exactamente los principales artículos de la doctrina enseñada por los apóstoles."

"Aunque no se pruebe el hecho de la composicion de esta profesion de fe por los mismos apóstoles, no debia atacársele con vanas argucias, como lo hacen algunos protestantes, diciendo que si los apóstoles la hubiesen redactado, se hubiera colocado en el número de las Escrituras canónicas; que nadie se hubiera atrevido á añadir ciertos artículos que se le agregaron con el trascurso del tiempo cuando abortaron nuevos errores; que como nosotros no sabemos las circunstancias en que se hicieron las adiciones, no podemos comprender exactamente su sentido." [1]

"Tales reflexiones nos parecen falsas. Primero. La manía de los protestantes es querer que todo lo que procede de los apóstoles esté escrito en el Nuevo Testamento, sin cuyo requisito no merece fe alguna: en la palabra *tradicion* probarémos todo lo contrario. Segundo. Suponiendo que los apóstoles redactaron un *símbolo* para consignar la creencia cristiana, se debió presumir tambien que si hubiesen vivido cuando nacieron los errores, hubieran añadido al *símbolo* la doctrina contraria, de manera que se ha hecho lo que se presume hubieran verificado los mismos apóstoles."

"En un antiguo sacramentario galicano, se halla el *símbolo de los apóstoles* formado de las palabras de cada apóstol de la manera siguiente:"

"El primer artículo es de *San Pedro,* que dijo: "Creo en Dios Padre Todopoderoso."

"*San Juan*: "Creo en Jesucristo, su único hijo, Dios y Nuestro Señor."

"*Santiago:* "Que nació de la Vírgen María por obra del Espíritu Santo."

"*San Andres:* "Que padeció bajo Poncio-Pilato, fué crucificado y sepultado."

"*San Felipe:* "Que bajó á los infiernos."

"*Santo Tomás:* "Que resucitó al tercero dia."

"*San Bartolomé:* Que subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso."

"*San Mateo:* "De donde vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos."

1 Mosheim, Histor. Christ., sec. 1, §. 19; sec. 2, §. 36.

"*Santiago, hijo de Alfeo:* "Creo en el Espíritu Santo."
"*San Simon Zelótes:* "Creo la Santa Iglesia Católica."
"*San Judas, hermano de Santiago:* "Creo por el Santo Bautismo la remision de los pecados."
"*San Matías:* "Creo la resurreccion de la carne para la vida eterna." [1]

El símbolo de los apóstoles, es lo que se conoce vulgarmente con el nombre de *Credo*, el que rezan todos los fieles cristianos y el que sirve de texto á los ministros de la predicacion para explicar al pueblo los dogmas católicos. Por esta razon le trasladarémos textualmente. Dice así:

"Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cie-
" lo y de la tierra, y en Jesucristo su único Hijo, Señor
" Nuestro, que fué concebido por obra del Espíritu San-
" to. Y nació de Santa María Vírgen. Padeció bajo
" el poder de Poncio Pilato; fué crucificado, muerto y
" sepultado. Descendió á los infiernos, y al tercero dia
" resucitó de entre los muertos. Subió á los cielos y
" está sentado á la diestra de Dios Padre Todopodero-
" so. Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á
" los muertos. Creo en el Espíritu Santo, la Santa
" Iglesia Católica, la comunion de los Santos, el per-
" don de los pecados, la resurreccion de la carne y la
" vida perdurable. Amen."

§. III.

Símbolo de Nicea.

Cuando solo se trataba de reunir en una breve fórmula mui sucinta y compendiosamente y de una manera general los principales misterios de la creencia, bastaba sin duda lo contenido en el símbolo de los apóstoles para su objeto; pero como apénas establecida la Iglesia, empezaban á levantarse de su mismo seno algunos novadores heresiarcas que atacaban tales ó cuales puntos dogmáticos, ya fué necesario dar un carácter mas explícito en algunos puntos al símbolo de los apóstoles. Esto fué precisamente lo que dió márgen al que ahora nos ocupa y fué consignado por los Padres de Nicea en el primer concilio general de la Iglesia. Oigamos á Bergier.

"En el año 325, cuando Arrio negó la divinidad del Verbo, y enseñaba que el Hijo de Dios era una criatura, los obispos reunidos en Nicea en número de trescientos diez y ocho, redactaron un símbolo para determinar cuál era la fe de la Iglesia. Se trataba de explicar el sentido del segundo artículo del *símbolo* de los apóstoles: *Creo en Jesucristo Hijo único de Dios y Nuestro Señor.* Se trataba, pues, de saber en qué consistia esta filiacion, si era una creacion, una filiacion adoptiva, como queria Arrio, ó si era una generacion propiamente dicha, si el Hijo de Dios habia sido engendrado en tiempo, ó lo era desde la eternidad. El concilio expresó claramente su creencia por estas palabras: "Creemos
" en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, engen-
" drado por el Padre, es decir, de la sustancia del Padre,
" Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero
" Dios, engendrado y no criado, consustancial al Padre, por
" quien todo se hizo en el cielo y en la tierra."

"¿Era esto una nueva doctrina? Así lo suponen los socinianos, muchos protestantes y los incrédulos sus copistas. Mas el título de *Hijo único* de Dios, dado á Jesucristo en la Escritura y en el *símbolo* de los apóstoles, atestigua lo contrario. Dios es el Padre de toda creatura; todo cristiano es su hijo adoptivo: luego *Hijo único* no puede significar ni una creacion ni una adopcion. Los socinianos imaginaron mil sutilezas para variar el sentido de esta palabra; mas los primeros cristianos no eran tan hábiles sofistas como ellos; tomaban este título augusto en el sentido propio y literal; el concilio de Nicea no hizo mas que desarrollar su energía."

"Aun hai mas. Todas las expresiones de que se vale están sacadas de los antiguos *símbolos.* El Verbo se llama en el de San Gregorio Taumaturgo, *Hijo único, Dios de Dios, Eterno del Eterno;* en el de el mártir Luciano, *Hijo único engendrado por el Padre, Dios de Dios que siempre fué Dios, y Dios Verbo;* en las Constituciones Apostólicas, *Hijo único engendrado por el Padre ántes de los siglos y no creado;* en el *símbolo* de Jerusalen, *Hijo de Dios único engendrado por el Padre ántes de todos los siglos, verdadero Dios por quien todo se hizo;* en el de Cesarea, *Verbo de Dios, Dios de Dios, luz de luz, Hijo único, engendrado por Dios Padre ántes de todos los siglos;* en el de Antioquía, *Hijo único del Padre, nacido de él ántes de todos los siglos, y no creado, verdadero Dios de verdadero Dios.*"

Para mayor instruccion, copiarémos aquí el texto del símbolo de Nicea, dice así:

"Creo en un solo Dios Todopoderoso, Creador del

1 Bergier. Diccionario de Teología, art. *Símbolo.*

" cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles é invi-
" sibles, y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de
" Dios; que nació del Padre ántes de todos los siglos;
" Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de Dios
" verdadero; engendrado, no hecho, consustancial al
" Padre, por quien han sido hechas todas las cosas.
" Que por nosotros los hombres y por nuestra salva-
" cion, bajó de los cielos, y *tomó carne de la Vírgen*
" *María por el Espíritu Santo, y se hizo hombre.* Que
" fué crucificado por nosotros bajo el poder de Poncio
" Pilato, padeció y fué sepultado. Y resucitó al terce-
" ro dia segun las Escrituras. Y subió al cielo; está
" sentado á la diestra del Padre. Y vendrá segunda
" vez lleno de gloria á juzgar á los vivos y á los muer-
" tos, cuyo reino no tendrá fin. Creo en el Espíritu
" Santo, Señor vivificante, que procede del Padre y
" del Hijo, es adorado y conglorificado: que habló por
" los profetas. Creo la Iglesia que es una, Santa, Ca-
" tólica y Apostólica. Confieso un solo Bautismo pa-
" ra el perdon de los pecados; y espero la resurreccion
" de los muertos y la vida del siglo futuro. Así sea."

Las reflexiones de Bergier á propósito de este símbolo, prueban concluyentemente que es el mismo de los apóstoles, sin mas diferencia que estar mas pormenorizados y circunscritos los puntos dogmáticos de este.

El símbolo de Nicea es el que canta la Iglesia en la celebracion de la misa, consagrándole así de una manera solemne por su carácter ecuménico y divino.

"San Cipriano, que escribia el año de 379, ocho años ántes del concilio de Constantinopla, nos enseña que desde el concilio de Nicea hasta entónces nacieron nuevos errores; que para preservar de ellos á los fieles se hacia aprender ó rezar á los catecúmenos un *símbolo* mas amplio que el de Nicea, en el que se decia, que *el Espíritu Santo es increado, que procede del Padre y que recibe del Hijo.* Aun el *símbolo* que aquel Padre nos propone como *símbolo de Nicea,* está aumentado en lo que concierne al Espíritu Santo; está conforme enteramente con el que se reza aun hoi en la misa: así el concilio de Constantinopla no hizo mas que adoptarlo, y esta es la razon porque siempre se llamó símbolo de Nicea."

"La conducta, pues, de los concilios ha sido siempre uniforme; en ellos se decidió, no lo que era necesario comenzar á creer, sino lo que siempre se creyó: los obispos no se apro-

piaron la autoridad de introducir una doctrina nueva, sino de atestiguar la que encontraron establecida en su Iglesia; si nunca hubiera habido herejes determinados á hacer cambiar de creencia á los fieles, la Iglesia jamas hubiera necesitado hacer nuevas decisiones."

"Es cierto, y Bingham lo ha probado, que desde el concilio de Nicea, la mayor parte de las Iglesias del Oriente hicieron rezar á los catecúmenos, ántes del Bautismo, el *símbolo* de este concilio con las adiciones adoptadas por el de Constantinopla. El de Efeso, celebrado en el año de 431, prohibió severamente se introdujese en dichas Iglesias otro *símbolo.* Pero los sabios convienen comunmente en que no se comenzó á rezar el expresado *símbolo* en la liturgia hasta la mitad del siglo V en las Iglesias del Oriente, un poco mas tarde en las del Occidente. Se cree que Pedro Foulon fué el primero que introdujo esta costumbre en la Iglesia de Antioquía, el año de 471, y que fué imitado en las de Constantinopla el año de 511. El primer vestigio de esta costumbre en España, se ve en el concilio tercero de Toledo hácia el año de 589; en las Galias se adoptó reinando Carlomagno, y se estableció sólidamente en la Iglesia romana en el Pontificado de Benedicto VIII, el año de 1014."

§. IV.

Símbolo de San Atanasio.

El símbolo conocido con este nombre no se compuso precisamente por San Atanasio; pero sí fué sacado de sus obras, lo que ha bastado para darle su nombre. El, segun consta, fué compuesto por un escritor latino mucho mas moderno que el Santo, pero dicho escritor le sacó de los escritos de aquel. "La primera vez que se hizo mencion de él es en un concilio de Autun, celebrado el año de 670; Ayton, obispo de Basilea, hácia el año de 800, prescribió á los clérigos lo rezaran á prima. Balherio, obispo de Verona, hácia el año de 930, queria que los sacerdotes de su diócesis supieran de memoria el *símbolo* de los apóstoles, el que se reza en la misa y el llamado de San Atanasio. Los anglicanos lo rezaban en otro tiempo en el oficio del domingo lo mismo que los católicos; pero desde que los socianos se multiplicaron en Inglaterra, han llegado al fin á hacer cesar su rezo en algunas Iglesias." [1]

1 *Bergier.* Obra y artículo citados.

El símbolo de San Atanasio es mas bien una metódica y sucinta explicacion de los misterios, que la fórmula de un acto explícito de fe como los otros. Comienza estableciendo la necesidad de la creencia y comprobando esta necesidad con la sancion eterna que trae consigo la fe. "El que " quiera salvarse, ha menester ante todo el tener y profesar " la fe católica: porque el que no la guardare íntegra é in- " violablemente, perecerá sin duda alguna."

Establecida esta necesidad se fija el dogma fundamental, el de Dios trino y uno, como primer objeto de la fe. "Esta " es la fe católica, dice, que veneremos á un solo Dios en " la Trinidad, y á la Trinidad en la unidad, sin confundir " las personas ni separar las sustancias. Porque una es la " persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu " Santo. Pero una sola es la divinidad, igual es la gloria y " coeterna la magestad del Padre, del Hijo y del Espíritu " Santo."

Hasta aquí el símbolo de San Atanasio ha fijado el dogma fundamental. Pero no limitándose á esto, contiene aun el desarrollo sucinto de este mismo dogma, discurriendo por todos los atributos y perfecciones de Dios y aplicándolo á este misterio.

Explicado el dogma fundamental concerniente á sola la divinidad, procede á fijar el de la Encarnacion del Verbo divino, comenzando, como en el anterior, por definir la necesidad absoluta que todos tienen de creer este santo misterio para salvarse. "Es necesario tambien, dice el símbolo, para " la eterna salud, el creer tambien la Encarnacion de Nues- " tro Señor Jesucristo." De aquí procede á fijar la esencia del misterio, continúa explicándole y concluye enumerando todos los otros dogmas correspondientes á Nuestro Señor Jesucristo é inculcando la necesidad absoluta de creer todas las verdades contenidas en el símbolo para conseguir la bienaventuranza.

No hemos querido trascribir literalmente el símbolo de San Atanasio: primero, porque no contiene nada mas que los otros; pues, como deciamos, encierra lo mismo con mayor explanacion: segundo, porque al ir exponiendo cada uno de los dogmas, nos proponemos concordar al propósito todos los símbolos, para que se vea cómo la doctrina es y ha sido en todos los tiempos una misma. Baste pues lo dicho para darlos á conocer.

Observemos ahora cómo la Iglesia es la única que posee un símbolo con todas sus condiciones, un conjunto de verdades dogmáticas que comprende cuanto hai que saber acerca de Dios y sus obras, del hombre, sus relaciones con Dios y sus destinos eternos: verdades profesadas sin la mas leve alteracion en todos los siglos del cristianismo: verdades que sirven de fundamento á todas las ciencias en que se trata de Dios y del hombre: verdades que, aunque no han dejado de ser combatidas, han salido siempre triunfantes: verdades por último, cuya profesion tiene una historia en que figura lo mas imponente que presentan los siglos en la categoría del talento, del saber y la virtud.

CAPITULO VII.

CARACTER Y FUERZA DOGMATICA DE LA PRIMERA PALABRA DEL SIMBOLO.

Esta primera palabra, *creo*, es una palabra mui altamente significativa, es una palabra histórica y monumental en los destinos de la razon y de las lenguas, una palabra que por sí sola figura como histórica y profética, reasume todas las vicisitudes de la humana razon y de las antiguas creencias por espacio de cuarenta siglos, muestra el último resultado dogmático y moral de esa inmensa revolucion que produjo el cristianismo en el mundo y pronostica la marcha futura de las verdades dogmáticas en la razon católica de los pueblos, á la luz de la revelacion y bajo la autoridad y el magisterio de la Santa Iglesia.

Esta palabra, una de las mas enfáticas que se conocen en las lenguas, abrió desde el principio del cristianismo una espaciosa é indefinida ruta al genio de la historia, al genio de la ciencia, al genio de la elocuencia y de la poesía. Difícil fuera por cierto estudiarla cual merece cuando figura como un punto de pormenor en una obra mas extensa; pero á lo ménos procurarémos hacer sobre ella várias reflexiones generales que pueden servir como puntos de partida para el que quiera emprender un estudio mas dilatado.

"Esta palabra *creer*, dice el Catecismo del Santo Concilio de Trento, no significa aquí lo mismo que *pensar*, *sentir ú opinar*, sino que, como enseñan las Letras sagradas, tiene fuerza de un asenso certísimo, con el cual el entendimiento juzga firme y constantemente ser verdad infalible lo que dice el Señor, que le descubre sus misterios. Y por tanto, aquel cree (segun que pertenece á la declaracion de este lugar) que sin duda alguna tiene una cosa por cierta y verdadera.

Y no debe nadie pensar que es ménos cierta la noticia de la fe, por no verse las cosas que nos propone para que las creamos. Porque la luz divina con que las percibimos, aunque no dé por sí claridad á las cosas, no por eso nos deja dudar de ellas; pues el Señor que hizo salir la luz de las tinieblas,[1] el mismo iluminó nuestros corazones para que su Evangelio no esté encubierto á nosotros, como lo está para los que se pierden."[2]

Esta palabra *creo* reasume en el asenso á la verdad que se cree, las fuerzas de la gracia y las fuerzas de la naturaleza; porque es necesario observar, además de lo dicho, que la palabra expresada no significa lo mismo en el dogma que en la filosofía. En esta significa simplemente dar el asenso á lo que no se ve, aun cuando sea un objeto puramente natural enseñado por los hombres; miéntras en el Símbolo católico significa dar un asenso sobrenatural á una verdad sobrenatural por una gracia sobrenatural. La creencia es la profesion de la fe; la fe es una luz sobrenatural; esta luz sobrenatural es obra de la gracia: luego el que cree, cree no solo con las fuerzas de la naturaleza, sino tambien con las fuerzas de la gracia. Cuando un hombre articula esta palabra en el sentido de la Iglesia católica refiriéndose á lo que pasa en su interior, implícitamente profesa todos los dogmas del cristianismo; porque creer es lo mismo que profesar la verdad que Dios ha enseñado á los hombres.

Si la creencia reasume las fuerzas de la naturaleza y las fuerzas de la gracia en la profesion de la verdad, es claro clarísimo que el asenso de la fe es mas fuerte incomparablemente que el asenso de la razon. Tiene todas las fuerzas de esta en la certidumbre de sus motivos; y por esto dijo San Pablo que nuestra fe es un obsequio racional. Tiene todas las fuerzas de aquella en su orígen, en su objeto, en el modo de su comunicacion y en los medios con que se conserva y difunde. En su orígen, porque viene de Dios, que es el autor de la gracia, supuesto que la fe es una luz sobrenatural, una luz divina que nos comunica el Espíritu de Dios: en su objeto, porque son los dogmas esenciales que abrazan el conocimiento mas perfecto que el hombre puede tener acerca de Dios y de sí mismo: en el modo de su comunicacion, porque Dios nos la inspira, porque es una virtud infusa que recibimos en el Santo Bautismo: finalmente, en los medios con que se conserva y difunde, porque ellos constituyen

1 I. Corinth. 4.
2 II Cor. 4.

el primer objeto de una institucion divina que ha de durar hasta la consumacion de los siglos, esto es, de la Iglesia católica, cuyo triple objeto es el dogma, la moral y la disciplina.

Colígese de aquí, que la creencia católica es el depósito de la verdad pura, universal; esto es, de la verdad sin mezcla ninguna de error, de la verdad en toda la extension de los objetos que afectan al hombre en las graves cuestiones de su orígen, de su fin, de sus destinos, de sus relaciones y de su felicidad eterna; y por último, de la verdad accesible á todas las inteligencias, pues que se ha revelado para la enseñanza y bien de toda la especie humana. Es pues la creencia católica la verdadera regeneracion de la especie humana: regeneracion del entendimiento que habia muerto casi para la verdad, regeneracion de la voluntad que bogaba sin norte y sin brújula en el borrascoso piélago de la idolatría y de las pasiones.

Despues que la historia y la filosofía hicieron la adquisicion de este hecho inmenso de la creencia católica, pudieron volver una mirada sobre todas las épocas precedentes, discernir y conocer las causas de esas revoluciones y vicisitudes por donde habian pasado la verdad, la virtud, la creencia humana de todos los pueblos. Estas causas vienen á simplificarse á la luz de la fe de una manera prodigiosa. Apagada en el mundo por el pecado original la clarísima antorcha que alumbró á la inteligencia humana en el estado de gracia, la razon quedó hundida en las tinieblas, la voluntad sujeta á los sentidos, el hombre todo á las pasiones y á los vicios. En consecuencia, la verdad fué desapareciendo á medida que progresaban los siglos, cuyo tránsito, semejante á las aguas fangosas, deja siempre en el antiguo canal un gran depósito, que á la larga concluye con cegarle casi del todo. Este antiguo canal es la tradicion; y por lo mismo nada tiene de extraño que al terminar cada periodo de tiempo, el género humano tuviese un incremento notable de nuevas imposturas y errores, consiguientes á esas tradiciones vagantes, sin principio, sin regla y sin objeto. En consecuencia, era mui natural que la voluntad corriese la misma suerte que el entendimiento, y tanto mas, cuanto que ya de suyo tenia la triste herencia de todas las propensiones al vicio.

No podia, por lo mismo, regenerarse el hombre sin rehacerse de la verdad perdida; y he aquí por qué en medio de tanta oscuridad y de tanto crímen, hubo siempre instintos de verdad y de bien, moralistas, filósofos, legisladores y creencias. Mas todo esto era mui poco, era positivamente nada para la masa inmensa del género humano ciego y corrompi-

do. Impotentes debian ser por necesidad todos los esfuerzos del hombre; porque, dígase lo que se quiera, no ha nacido ni nacerá jamas uno que, siendo solo hombre, pueda dominar con la inteligencia y la voluntad á todos los hombres, y ménos á todas las generaciones. Los filósofos contaban con las luces de la razon; pero estas luces tienen contra sí otras luces, producen el choque y ordinariamente viven de la duda. Los oradores podian descargar, sobre una determinada multitud golpes eléctricos capaces de conmoverles; pero estos tenian la vida del entusiasmo, es decir, un momento de exaltacion moral, y la extension de una asamblea, y cuando mucho de un pueblo; cosas bien mezquinas, por cierto, comparadas con las necesidades de la humanidad. Es poco todavía; de ordinario el espectáculo de los oradores conmoviendo las masas, era el de las pasiones inspirando al genio, y el del genio moviendo á las pasiones. Los legisladores formularon sus códigos; pero no hallando medio entre la voluntad del gobierno y la voluntad de los pueblos, manifestaban su impotencia moral en el espectáculo bien triste de unas sociedades caminando locamente entre la tiranía y la insurreccion. Las creencias eran el depósito de las tradiciones, y tambien el receptáculo comun de las imposturas no tenian fuerza dogmática, ni fuerza moral, porque no contaban realmente ni con una verdad incontestable, ni con un cuerpo de prescripciones puras, ni con una autoridad docente. Nada era tan vário en el mundo como las creencias públicas, nada tan anárquico como los principios de la conducta, nada tan monstruoso como las costumbres de los pueblos.

He aquí por qué, estudiados los tiempos anteriores con la luz que derramó sobre ellos el establecimiento del cristianismo, se ve que la verdad no podia reaparecer sin la revelacion divina; esta no podia propagarse sino con la institucion de la palabra, ni esta institucion afirmarse sino con el magisterio de la Iglesia; pero que cuando las tres cosas concurriesen, un gran fenómeno intelectual y moral se miraria en el mundo; el de la radicacion de la verdad en la creencia, la unidad de la creencia en el Símbolo, la conservacion del Símbolo en la Iglesia: un fenómeno que ni á sospechar se hubieran atrevido los filósofos; el de la reunion de los pueblos y los siglos en una profesion comun, profesion representada en la creencia de la Iglesia católica, recapitulada en una palabra sola, que habia de reasumir en sí misma la historia pasada, presente y futura de la verdad en todos los pueblos. ¡Tal es el carácter, tal es la fuerza dogmática de la primera palabra del Símbolo.

CAPITULO VIII.

EFECTOS DE LA CREENCIA EN LA RAZON.—NUEVA FILOSOFIA.

La creencia católica renovó enteramente el mundo intelectual, el mundo moral, el mundo político: he aquí su triple efecto. Comenzando por el primero, debemos tratar del influjo de la creencia en la razon y en los destinos de la filosofía.

Hablando en rigor, la razon es la facultad de percibir clara y distintamente los hechos y sus relaciones, y de combinar unos y otras para extender los conocimientos humanos. La razon, por lo mismo, tiene su vida en el juicio, porque la razon obra juzgando. El movimiento del juicio considerado simplemente en la línea que describe, se llama *discurso;* en sus aplicaciones se llama *raciocinio.* El raciocinio es pues el instrumento, y el discurso el camino de la razon. Esto supuesto, procuremos observar lo que ha ganado la razon con la creencia; mas para ello debemos tener presente que la razon tiene un objeto que es la verdad, un inmediato fin que es la conducta, y un fin último que es la felicidad. La creencia en su línea tiene los mismos objetos, y los mismos fines. Ahora bien, ¿qué puede la razon por sí sola en este triple sentido? Ya lo hemos visto en los capítulos precedentes, y con una particular extension lo hemos expuesto en el opúsculo que antecede, que tiene por título *Exámen filosófico sobre el poder moral del hombre.* A él nos remitimos para excusar aquí repetir lo que ya se ha demostrado. La razon por sí sola no alcanza sino algunas verdades incompletas en el órden puramente natural: algunas, porque comparado lo cierto con lo probable, lo dudoso y lo erróneo, es casi nada en la historia de la filosofía puramente racionalista en los tiempos antiguos; y verdades incompletas, porque fuera del Cálculo, que puede considerarse como una verdad facticia y meramente instrumental, todos los otros objetos de la investigacion parecerian conocerse solo por medio lado. La metafísica, la física, la filosofía moral, &c. &c., dieron el ser á un sin número de hipótesis y conocimientos conjeturales entre los sabios, miéntras que la masa de los pueblos ni aun con esto contaba: absurdos, supersticiones, fanatismo; he aquí el resúmen del espíritu y el carácter dominante en la razon comun de la antigüedad pagana.

No podia ser de otra suerte: faltábanle puntos cardinales, esto es, hechos y principios incontestables radicalmente fijos

en la inteligencia: faltábale pues todo, porque donde no hai un punto de partida ni un término seguro, el camino será tortuoso, vago y tenebroso. Estos puntos cardinales no podian ser la obra de la razon, porque ella nada inventa en materia de hechos y verdades: su capacidad está limitada solo al conocimiento de lo que existe y á la percepcion de sus relaciones: su poder es rigurosamente lógico, esto es, un poder deductivo que se funda en las consecuencias y obra en el sistema de las aplicaciones. No habiendo esta facultad primordial para crear principios y suplir hechos, claro es que todo sistema científico y toda tradicion de una cosa meramente humana en el órden espiritual y moral debia ser hipotético en la mayor parte; y ya se ve que sobre tales cimientos no podia levantarse á la verdad y á la virtud un sólido y grandioso monumento entre los hombres.

Al contrario, supuestos aquellos principios cardinales, la razon parece cambiar de luz, de fuerza y de poder; porque poseyendo el principio, el fin y el medio, su accion quedó regularizada; y miéntras no se apartase de los puntos extremos y de la línea recta, su movimiento debió ser seguro, su accion fecunda, sus resultados felices. He aquí lo que sucedió precisamente con la creencia. Apoderada del Símbolo, poseyó de un golpe todos los dogmas fundamentales, adquirió una luz que le disipaba las tinieblas de la historia y de la filosofía antiguas, comprendió el bien y sus medios, y sorprendió en sí misma el secreto de la verdadera felicidad.

El Símbolo pues, no solamente da las ideas netas y precisas de Dios y de la Iglesia, lo que bastaba ya por sí para encumbrar á tan eminente altura la razon del cristianismo, sino que nos instruye con tanta claridad y suficiencia, con tan admirable precision y exactitud acerca del hombre y del mundo, que los conocimientos de un simple aldeano bastan para avergonzar á cualquiera de los antiguos filósofos. "Para apreciar toda la sublimidad hasta donde se eleva la sencillez del símbolo católico, dice un escritor moderno, observad con que caracteres tan distintos, tan espléndidos y prominentes traza la historia del hombre y del mundo; observad cómo cada uno de sus artículos pulveriza infinidad de sistemas absurdos, imaginados por los filósofos paganos acerca de Dios, del hombre y del mundo, y reproducidos con tan poca vergüenza por los impíos modernos; en fin, cómo cada palabra de este símbolo es un rayo de luz que disipa una parte de las tinieblas en que habia estado envuelta la razon humana desde el pecado original; y cómo la reunion de todos estos rayos luminosos forma el sol de la verdad, en cuya presencia desaparecen todos los errores, como las sombras de la noche ante el astro del dia. Nosotros preguntamos á todo hombre de buena fe, si es posible hallar una cosa mas venerable, mas útil, mas sublime, mas consoladora que el símbolo católico: á él debe el mundo moderno sus creencias, sus luces y sus costumbres." [1]

Miéntras el hombre se ocupa en la investigacion de las primeras verdades, contando con el elemento de la duda por via de método, su carrera es incierta y penosa, se mueve siempre con sus principios, y al cabo de mucho discurrir, de mucho hablar y de mucho escribir, viene á sorprenderse por último en la infancia de la verdad. Tal es la calificacion que pudiera hacer de la escuela racionalista moderna y de la filosofía antigua un sabio católico. El movimiento de la razon considerado en la línea que describe, se ha de calcular no por las fuerzas impendidas en moverse, sino por la distancia recorrida de punto á punto. Si el de partida es movedizo, esto es, si es objeto de investigacion y de duda, se vendrá siempre tras de la razon, y al cabo de mucho andar, el filósofo, volviendo atras la vista, verá con sorpresa que no ha dado todavía ni el primer paso. Al contrario sucede con el filósofo católico: profundamente poseido de las verdades fundamentales, no solo las conserva inaccesibles al contacto de la duda, sino que nada conoce mas profundamente cimentado ni radicado con mas fuerza que estas primeras verdades. Entónces, aplicándose á estudiarlas mas y mas, para percibir sus relaciones, sacar sus consecuencias y fecundarse en este provechoso trabajo, cada movimiento de su razon es un descubrimiento mas, cada paso un conocimiento cierto; y de esta suerte, cuando vuelve atras la vista, observa con placer que sus puntos de partida están mui léjos, pero siempre bajo su mirada; que no ha extraviado su camino; que sus relaciones están fijas en ellos, sus consecuencias forman una cadena indefinida, pero atado su primer eslabon en los principios cardinales. Posee pues la filiacion de los conocimientos que tiene, de una manera que al mismo tiempo es histórica, dogmática y filosófica. Su razon no es la simple razon humana; es la vista interna de la verdad bajo la forma de la ciencia y la forma de la fe: tiene expedito su recurso á la autoridad y al raciocinio; á la primera para ilus-

1 I. *Gaume.* Catechisme de Persévérance ou exposé histórique, dogmátique, moral, liturgique, apologétique, philosophique et social de la religion, depuis l'origine du monde jusqu' á nos jours. Deuxieme. part. Leçon XVIII.

trar á los creyentes, al segundo para vencer á los incrédulos. Con esta doble palanca mueve todo el mundo intelectual, moral y político. He aquí la filosofía católica.

La filosofía racionalista y la pagana son rigurosamente excepcionales en su género; no las alcanza nunca la razon comun: todo en ellas es extraño para el pueblo; principios y consecuencias, pensamiento y palabra.

No acontece así con la filosofía católica: extiéndese por toda la humanidad, y aunque sin las fórmulas estrictas de una dialéctica demostrativa, figura en el espíritu de las masas, y figura como filosofía; figura en el sistema de las consecuencias y en el órden de las aplicaciones. Esta filosofía en la region de la ciencia es el dogmatismo demostrativo de los sabios católicos que, asociando la razon y la revelacion, poseen la verdad íntegra, pura y práctica; en el pueblo es el buen sentido hecho visible en el órden, en el discurso, en la conducta: finalmente, en el movimiento espiritual y moral de todo el género humano, es la civilizacion producida por el cristianismo.

Tales son los puntos de vista bajo que hemos querido colocar esta materia para indicar los efectos de la creencia en la razon, y mostrar cómo ella, rigurosamente hablando, ha creado una nueva filosofía. Materia es esta, no de un capítulo, sino de un libro, y por lo mismo no ha podido figurar aquí sino en simples apuntamientos é indicaciones.

CAPITULO IX.

EFECTOS DE LA CREENCIA EN LA CONDUCTA.—GERARQUIAS HISTORICAS DE LOS CREYENTES.

El apóstol San Juan dijo con una profundidad verdaderamente divina: "la victoria que vence al mundo es nuestra fe." Basta estudiar estas palabras para comprender exactamente los efectos maravillosos de la creencia en la conducta.

El hecho es notorio: la fe ha vencido al mundo, porque el cristianismo es el reino de la fe, y el cristianismo ha cambiado la faz de la tierra. "La moral evangélica, dice Chateaubriand, razon divina, apoya á la razon humana en sus progresos hácia un término al cual no ha llegado todavía; y el cristianismo, despues de haber atravesado las edades de tinieblas y de fuerza, constituye en los pueblos modernos la perfeccion misma de la sociedad." [1]

Mutacion verdaderamente divina, pero inexplicable sin la fe, que ha encarnado en el hombre gobernando sus sentimientos y dirigiendo su conducta.

Ya hemos dicho que la creencia católica no es un mero convencimiento especulativo, mucho ménos una opinion: es el depósito humano de la palabra divina en toda su extension intelectual y moral. El creyente cree para vivir de su fe; cree para asegurarse de su felicidad; cree con relacion á la otra vida. Por esto la fe, considerada en toda su perfeccion entraña la caridad y por lo mismo la esperanza: por esto, cuando no se anima de la caridad, es una fe muerta. Cuando la creencia vive en el hombre, anima á todo el hombre, domina todas sus facultades, se hace visible en su pensamiento y sensible en su accion.

Verdad es que el hombre, sujeto al influjo de sus pasiones, está expuesto á sufrir con demasiada frecuencia la muerte moral de su fe, y á mostrarse en su conducta inconsecuente con su creencia. Este es un hecho, un hecho de todos los siglos; pero un hecho que todavía merece ser observado. En el naufragio de la virtud no acaba la esperanza, y todos los elementos espirituales y aun externos parece que siempre esperan en una reaccion moral. He aquí por qué la inclinacion al bien y el arrepentimiento son tambien contemporáneos del hombre. Lo que importa observar pues á este propósito, no es por cierto si, la vida moral de la fe debe ser perpetua para que el hombre no renuncie á su esperanza; sino mas bien hasta qué punto influye, para la reaccion moral de la virtud en las buenas inclinaciones y el arrepentimiento, la presencia de la fe, aun cuando habiendo sufrido la muerte moral, solo tiene la vida dogmática en el alma.

Antes del cristianismo, en los pueblos gentiles, esta reaccion solo contaba con las fuerzas de la naturaleza generalmente hablando; y por lo mismo el hombre no podia contar con una esperanza fundada, en las crísis diversas de su vida moral; pero en el cristianismo, basta creer para esperar; basta obedecer al impulso de la esperanza y corresponderle con las fuerzas de la naturaleza, para dar á la inclinacion al bien una accion maravillosa, y al arrepentimiento del mal un poder decisivo. El creyente no solo siente la presencia de la verdad, sino que cree tambien en la existencia y accion de la gracia. Esto le basta para buscar la segunda, buscarla

1 Discours prononcé devant le Conclave.